



Ingvild H. Rishøi
Cuentos de invierno

Traducción del noruego
de Lotte Katrine Tollefsen



Galaxia Gutenberg

INGVILD H. RISHØI

Cuentos de invierno

Traducción del noruego
de Lotte Katrine Tollefsen

Galaxia Gutenberg



Esta traducción ha recibido una ayuda de NORLA

Título de la edición original: *Vinternoveller*
Traducción del noruego: Lotte Katrine Tollefsen

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2026

© Ingvild H. Rishøi, 2014
Publicado según acuerdo con Paloma Agency
© de la traducción: Lotte Katrine Tollefsen, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 14721-2026
ISBN: 979-13-88019-98-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

No podemos ayudar
a todo el mundo

Alexa se hace pis al llegar a Linderud. Estábamos de acuerdo en ir andando hasta casa, ella había dicho que sí, es una tontería gastarnos el dinero en cinco paradas de autobús. Acabamos de pasar el centro comercial, ni siquiera estamos a mitad de camino.

Le pregunté si podíamos ir a pie, ella se subió al portón de la guardería, desenganchó la cadena y dijo *que sí, mamá*.

Está callada, empieza a andar separando mucho las piernas y sé que tiene frío porque estamos en diciembre. El reflectante va y viene bajo el anorak.

Sesenta menos cuarenta y cinco son quince. Quedan quince coronas. Pero no puedo colarme, con ella no, porque ve todo lo que hago, me mira sin pausa, si entramos por la puerta trasera se detiene de golpe ante la máquina expendedora y dice:

–¿Tenemos billete, mamá?

Los bloques de pisos reflejan la luz, Alexa va bamboleándose de lado a lado y los coches hacen ruido; las farolas están cubiertas de pintadas de rotulador, recuerdo que Alex escribió mi nombre con uno detrás del polideportivo, y no digo nada del pis, pero sé que cuando lleguemos a casa se irá corriendo al baño, cerrará la puerta y dentro de unos días encontraré esa braguita arrugada al fondo del cesto de la ropa sucia, así es ella, así nos va, ella es así.

Pero no soporto verla caminar dando tumbos.

–Tendremos que coger el autobús –digo.

Ella levanta la mirada.

–Sí –responde–. Igual es mejor.

Nos damos la vuelta. El centro comercial brilla. Lo han decorado con bombillas de un extremo a otro para que parezca un regalo.

Alexa me coge de la mano y se detiene.

Un chico se ha parado ante nosotras. Sonríe, puede que sea de mi edad, es guapo. En la mano lleva una taza de cartón.

–¿Me podríais ayudar con algo suelto?

Tiene los dedos hinchados. Alexa me aprieta la mano. Siente pena por todo el mundo, demasiada, como esa locura con las muñecas, cuando se empeña en que todas tienen que estar tapadas con el

edredón hasta la barbilla, están ahí, a los pies de su cama y se incorpora veinte veces cada noche para asegurarse de que el reparto sea justo. Tiene que cambiar. Tiene que parecerse más a mí.

—Lo siento —digo y echo a andar.

Él lleva el bajo del pantalón de chándal sucio, observo las piernas de Alexa, camina rígida, raro. Así nos va. Así nos va, recuerdo a todas esas chicas que marcaban con equis la agenda escolar y llevaban la píldora del día después en la cartera, así nos va por no ser como ellas. Ahí está la parada del autobús. Algo habrá en el congelador, tendremos que apañarnos, no puede ir así hasta casa.

Ahora levanta la mirada.

—Mamá —dice—. ¿Por qué?

—Por qué qué.

Se cree que estoy dentro de su cabeza. Nos detenemos en la parada. Miro hacia la curva, no se ve ningún autobús. El pis está helado, seguro.

—¿Por qué no? —insiste ella.

Oh, me irrita. Somos dos personas distintas, no le queda otra que aceptarlo.

—Cuando no entiendo lo que dices tienes que decir algo más —le digo—. Tienes que explicarte un poco mejor.

—¿Por qué no podíamos ayudarle con algo suelto?

Miro hacia la curva otra vez.

Porque ninguna cantidad es algo suelto para nosotras. Porque hace tres meses que tu padre no pasa la pensión, no te has dado cuenta de que no te llamó por tu cumpleaños, te acosté con la corona que te hicieron en la guardería puesta y luego me senté a la mesa de la cocina con los pies encima de la silla, la frente apoyada en las rodillas, él tiene otras chicas en la cabeza. ¿Ves estos dos billetes de diez coronas y estas dos monedas de veinte? Tienen que durarnos todo el fin de semana. ¿Ves este tatuaje? Es el nombre de tu padre y, si me lo pudiera permitir, lo convertiría en un pájaro, he dibujado ese pájaro, en el papel vegetal de los bocadillos, una noche que pasé sentada junto a la mesa de la cocina, el pájaro quedó bonito, las alas se levantaban por la punta, parecía que fuera a despegar.

Empieza a llover. Le subo la capucha del anorak.

–No podemos ayudar a todo el mundo –le digo.

Cuando Alexa me mira, ve a una adulta. Cuando Alex viene a recogerla, ve a un adulto, lleva la pelota de baloncesto en una mano y a ella en la otra, desaparecen calle abajo, cree que él es adulto, pero él no sabe hacer nada de lo que hacen los mayores, en la guardería nunca se pone los

protectores azules de plástico para el calzado, no sabe lo que es el vencimiento de una factura o qué hacer con una niña que se hace pis todo el rato, no hizo ni caso a las pegatinas que le íbamos a dar si conseguía aguantarse, y eso que en el centro de salud dijeron que teníamos que ser consecuentes.

Lo único que sabe hacer es jugar al baloncesto.

Ella solo ve a papá, papá, papá. Y a mí, claro, y mis únicos recuerdos son sus manos por todo mi cuerpo, cómo se movía al coger impulso. Se quedaba tanto rato suspendido en el aire. Al nacer ella, recuerdo lo que dijo. Se inclinó sobre la cama y dijo:

–Es clavadita a mí. Si es que es clavada, joder. Tiene que llamarse Alexa.

Es verdad.

Lo veo todo el rato. Cómo corre, cómo mueve el cuerpo.

De repente cierra los ojos y los puños, con los brazos colgando como un pingüino.

–¡Pero es que no tenía mano! ¿No lo has visto?

Sacude la cabeza, pierde los estribos a su manera.

–¿No tenía mano? –pregunto yo.

–¡Sólo una! ¿Es que no ves nada, mamá?

Me pongo en cuclillas. La mochila de la guardería se me escurre del hombro. Mueve la cabeza de lado a lado.

–Alexa –digo.

Pero no sé qué añadir. Los coches pasan, pasan, pasan. Nunca tengo algo inteligente que decir, no lo tenía antes y no ha cambiado por tener una hija. Me inclino hacia ella. Las gotas de lluvia golpean la capucha.

Ese sonido, me recuerda a la caravana.

Las gotas sobre el techo.

Mamá cuando estaba contenta, si el cielo se despejaba ella se acomodaba a la entrada de la tienda de campaña con los ojos cerrados, el rostro vuelto hacia el sol del atardecer. *La tercera vez que pisas el musgo, ya no vuelve a levantarse*, decía mamá. *La tercera vez que te hundes, te ahogas*.

Encendía la espiral antimosquitos y el cigarri-
llo. Expulsaba el humo mirando hacia el mar con los ojos entrecerrados.

Ahora todo es diferente. Las cosas han cambiado, una a una, ahora tengo un trabajo y una hija y

días como este, y estoy aquí, sentada en la acera, ella tiene cinco años, niega con la cabeza, cierra los ojos con fuerza mientras el sonido de la lluvia me da un poco de luz.

Todo puede cambiar.

Ser bonito.

Miro a mi alrededor.

Ahí está, de pie bajo una farola. Puede que sólo tenga una mano. Seguro que acierta, suele fijarse en todo, quién tiene turno de tarde en la guardería, cuántos huevos quedan en el frigorífico, seguro que tiene una sola mano.

Me pongo de pie y le rodeo el puño con la mano. Necesita unas manoplas impermeables, costarán unas cien coronas, es que tiene las manos mojadas y frías. Digo:

–Pues volvamos, venga. Sigue allí.

Entonces abre los ojos. Echa la cabeza hacia atrás. Se le escurre la capucha. Y su rostro desprende luz, es tan bonita, siempre lo ha sido, recuerdo cuando la lavaron en el hospital y Alex se giró hacia las enfermeras y dijo *mirad esa boca, ¿habías visto antes un bebé así? Va a ser tan hermosa como su madre.*

–¿Le vamos a dar? –pregunta Alexa.

–Sí –respondo–. Es que no sabía que solo tiene una mano.

Ella empieza a dar saltos. Primero arriba y abajo, luego hacia delante, su reflectante lanza destellos, ella da botes y yo la llevo de la mano por la acera, entre tanta gente, mi brazo sube y baja mientras ella salta.

Viste una sudadera. Sonríe.

–Al final sí que tenía algo suelto –digo.

Cojo la cartera y abro la cremallera. Una sirena empieza a sonar a nuestras espaldas y Alexa se tapa las orejas con las manos, cesa, Alexa baja las manos y yo dejo caer la moneda.

Veo qué moneda es. Pero es demasiado tarde.

Es de veinte coronas.

Iba a darle una de diez.

Es demasiado tarde.

He regalado veinte coronas.

Ahí están, en el fondo de su taza de cartón. Ya no podemos coger el autobús, tendrá que ir andando hasta casa con la braguita mojada de pis, pero ella no lo sabe, no para de sonreír, y él le guiña un ojo y dice:

–Muchas gracias.

El pis no se va a secar con este frío y si enferma de cistitis tendré que llamar a la madre de Alex, no puedo quedarme más en casa, he gastado los veinte días por enfermedad, perderé ochocientas coronas diarias si me quedo en casa.

–De nada –dice Alexa.

–Qué niña tan maja tienes –dice.

–Gracias –respondo.

¿Ahora qué hago?

Si nos pudiéramos colar. Pero no lo soporta, no entiendo por qué, yo no le he explicado las reglas, pero siempre se las sabe, lo descubre todo y lo pregunta todo, *mamá* –dice–, *el dulce de leche lleva azúcar, no nos dejan llevar comida poco saludable a la guardería.*

–Muy joven para ser madre, ¿no? –dice.

–Sí.

Entonces dobla las rodillas y se pone en cuclillas. Se inclina. Le susurra algo al oído.

Ella asiente.

Gira la cabeza y le susurra de vuelta.

–Nos vamos, Alexa.

Ella sonríe. Él también sonríe.

Nunca la he visto sonreír así. ¿Cómo puede ser capaz de hablar con extraños, si yo no puedo?

–Nos vamos.

Ella sigue sonriéndole, con la boca prieta y los ojos entrecerrados.

Me la llevo a rastras, pero se da la vuelta, saluda con la mano, y ya no sé qué hacer, no comprendo por qué voy hacia la parada del autobús si no podemos coger el autobús. Es imposible.

–¿Qué te ha dicho? –pregunto.

Ella no responde.

–Alexa.

Cruza un charco a la pata coja, aún sonríe.

–Contéstame.

–Pero mamá –deja de saltar–. Era un secreto.

Me paro.

–Es drogadicto. No puedes tener secretos con drogadictos.

Aprieta los labios y fija la mirada al frente.

–¿Qué te ha dicho?

–Tú dices que hay que guardar los secretos.

–Pero ahora te digo que me respondas –digo, porque algo se desmorona, me pongo en cuculillas, nunca ha tenido secretos para mí, y vuelve esa sensación que odio, pienso que se me va a morir, que, en realidad, la muerte está por todas partes, solo está escondida, cubierta por el asfalto, por una farmacia con una cruz de luz intermitente, pero es una capa muy fina, y si muere no lo

soportaré, no aguanto que hable con extraños, le rodeo los hombros con fuerza.

–¿Qué te ha dicho?

–Que tenía que... ¡Pero está prohibido contar los secretos!

Entonces se deja caer hacia mí. Solloza.

–¡Mamá! –dice–. ¡Y también me he hecho pis!

Tiene el cuerpo completamente relajado. Oigo llegar el autobús, frena y abre las puertas.

–¡Y tengo la braguita helada!

–Vamos, vamos –consuelo.

Oigo que el autobús cierra las puertas y arranca.

–¡Siempre me hago pis!

–Venga, Alexa, si has mejorado un montón.

–Y estropeo mi ropa.

–Vamos, mi niña.

Pero dice la verdad. Se hace pis, tanto como antes, las pegatinas de premio no ayudaron, solo se ponía más nerviosa. Y se le estropea la ropa, también en eso acierta, la tela de algunas braguitas se ha vuelto fina y rara entre las piernas.

Pero ya está hablando de otra cosa, su cerebro va acelerado, respira deprisa y vuelve a negar con la cabeza.

–En la guardería los niños se insultan, y no tenía mano, y en el recreo ¡no sabía qué jersey ponerme! ¡No sabía cuál me habías dicho!

Así se pone a veces. Se obsesiona con lo que le digo.

Está loca.

Eso pienso, no es la primera vez, y me quedo helada. ¿Cómo he podido parir a una hija loca? ¿Tendrá arreglo?

—¡Hago pis todo el rato! —dice. No sé qué hacer y solo la abrazo, la estrujo contra mí, noto la chaqueta mojada bajo mi barbilla, sobre el centro comercial el cielo está oscuro.

Hay pájaros posados en las letras de neón. Levantan el vuelo, ascienden. Son gaviotas. Recuerdo lo que dijo mamá: *La tercera vez que tocas el nido la gaviota ya no vuelve*. Las gotas de lluvia forman círculos en los charcos. Recuerdo todo lo que mamá me decía, *la tercera vez que te hundes, te ahogas*.

—¡A nadie le gusta la gente que se hace pis! —dice Alexa.

Entonces me pongo de pie.

La mano bajo su barbilla.

—Alexa —digo.

Ella cierra los ojos con fuerza.

—¿Sabes qué vamos a hacer? Vamos a ir a ese centro comercial y te compraremos unas braguitas.

Abre los ojos.

—¿Aquí? —pregunta.

—Sí.

—¿Ahora?

Asiento con un movimiento de cabeza.

Se echa a reír.

La miro fijamente. Llueve con más fuerza, a nuestro alrededor las gotas rebotan sobre el asfalto, pero yo solo quiero verla a ella, no tengo ni idea de cómo vamos a llegar a casa, ni de cómo conseguir comida para la cena, cómo será este fin de semana. No hace falta que lo piense. Se arreglará. Le aparto el cabello de la frente. Es tan bonita. Sus ojos brillantes, entrecerrados, así son cuando se ríe.

Son como los de él, azul claro, tan raros y brillantes. Tienen el mismo cabello. Me recuerda a cuando él me encontró, era el último día del curso y todos habíamos salido, todos borrachos, todos tumbados en fila mirando el cielo, riéndonos de las nubes, y él me agarró, fue a la orilla a buscar una lata de cerveza, me la puso en la mano, me miró. Olía a barbacoa, yo estaba descalza pero no tenía frío, era la primera vez que me emborrachaba.

Me bañé, el agua de la laguna de Vesletjern era negra, envolvía mi cuerpo con suavidad. Estaba blanquísima. No sentía vergüenza, estaba borracha. Él me observaba sentado en la presa.

La hoguera ardía y yo estaba tumbada con la cabeza apoyada en una bolsa de viaje, un chico roció las llamas con acelerante, sentía todo tan nítido y a la vez tan leve, me iba bien estar borracha. Alguien asaba nubes de algodón pinchadas en un palo. Veía cómo goteaban sobre la hoguera. Me incorporé apoyándome en el codo y bebí más. Él me miraba sentado en un tronco.

Las chispas salían disparadas hacia el cielo. Era bonito. Naranja y azul.

Entonces se acercó a mí y dijo:

–Te he estado mirando toda la noche. ¿No te has dado cuenta?

–Bueno, sí –respondí.

Más tarde, algunos se quedaron dormidos sobre la hierba, una chica lloraba junto a la presa, luego se quedó en silencio, otros se adentraron en el bosque, alguien se largó en bicicleta, cantando. Pero él y yo no. Permanecimos allí.

La hoguera era ceniza, él hurgó con un palo. Lo apartó. Dijo:

–¿Te da miedo la oscuridad?

Respondí que sí.

Él replicó:

–La noche no es peligrosa, sabes. La noche es exactamente igual que el día, solo que está un poco oscuro.

La neblina cubría Vesletjern. Tuve un escalofrío.

Parecía que todo hubiera sucedido ya, porque sabía lo que él iba a decir.

—¿Tienes frío?

Respondí que sí.

Entonces añadió:

—¿Quieres que te preste mi jersey?

Era la sudadera gris del colegio. Se la sacó por la cabeza. Estaba calentita por dentro, olía a suavizante. Los pájaros empezaron a cantar, primero uno solo, luego más, el zumbido de la autopista, él abrió la boca y supe lo que iba a decir.

—¿Sigues teniendo frío?

Asentí con un movimiento de cabeza.

Y él dijo:

—¿Te rodeo con los brazos?